

LA FERIA DE LAS VIUDAS

Por

Alejandro Carrión

¿Qué piensas de las viudas, lector paciente y bondadoso? El mundo, como tú lo sabes, se divide en dos grandes partidos, en lo que a ellas respecta: los viudistas y anti viudistas. Los que aman lo inédito, la fruta verde, el arte de la enseñanza y el dulce (y siempre durísimo), trabajo de formar la compañera a la propia imagen y semejanza, al propio gusto y paladar, (sor) decididamente anti viudistas. Buscan para amarlas muchachas inocentes, se casan con ellas y emprenden la tarea de formarlas a su sabor y guisa, a su medida, empeño que, bien se nos alcanza, es vano y loco, pues a la postre la más inofensiva e inocente muchachuela, la más angelical palomita, resulta formando y conformando al marido a su propio gusto, amaestrándolo para que baile al son del pandero que ella toca y conduciéndolo, con mano férrea, matrimonio adelante por los caminos que le placen. Que esto es verdad todos los casados lo saben, pero no lo confiesan: en el fondo de su corazón, rodeado de vigilancias, reposa el secreto de sus vidas que no es otro que el de que en casa es la señora la que lleva los pantalones y la chequera y dicta el horario de entradas y salidas.

Los viudistas, en cambio, dicen que nada hay mejor la mujer experimentada, que sabe lo que es conveniente que sepa y que, por haber perdido uno, aquilata el valor de un marido, joya inapreciable y preciosa, a la posesión de la cual inútilmente, ¡pobrecitas!, ¡abandonadas!, ¡incomprendidas!, aspiraron las solteras en sus años tempranos, y que muchas mujeres casadas en primeras nupcias, por ignorar su inmenso valor, no consideran como es debido y sólo comprenden cuando enviudan. Los viudistas, en suma, sostienen que la mujer que ya ha perdido un marido sabe cuanto vale, y lo difícil que es conseguir otro y cuando lo logran lo cuidan como a oro en polvo y se desviven por lograr su regalo. Los anti viudistas contradicen tan optimistas afirmaciones, y mantienen que las viudas siempre recuerdan al difunto y lo hallan superior al reemplazo, con lo cual le fabrican a éste un fúnebre complejo de inferioridad; que entre ellas y los cipreses y las losas sepulcrales hay una constante asociación de ideas; que al mirarlas es imposible no pensar en las empresas de pompas fúnebres; que son una especie de capilla ardiente perpetua, ambulante y parlante y, por fin, y esto con la autoridad de Cervantes, que nunca segundas partes fueron buenas. Vaya usted a saber quién tiene la razón, si el viudista recalcitrante, que jamás se uniría a una solterita, o el anti viudista fanático, que cuando se encuentra con una viuda toca madera y se vuelve a su casa a toda prisa, para meterse en cama y pasarse entre sudores recitando la Oración del Justo Juez y bebiendo horchata de valeriana con toronjil, seguro de que las viudas, los gatos negros y los militares retirados traen la mala suerte, los cheques sin fondos, los pedidos de garantía solidaria, los manifiestos socialistas y los retornos del doctor Velasco ¡barra... Dejemos a un lado la impartible controversia entre viudistas y anti viudistas y, caminando hacia atrás por la historia de América, vayamos a aquel delicioso episodio de la Colonia, en el cual los viudistas tuvieron su día esplendoroso: el día en cuya repetición sueñan, la boca hecha agua y los ojos candela, los viudistas de este tiempo, en el que ya tales maravillas no ocurren. Este episodio es la feria de las viudas en el Cuzco, que organizó el señor Licenciado don Pedro de la Gaseal clérigo famoso, político maquiavélico, que restableció la paz como enviado del Rey, tras el alzamiento del Muy Magnífico Señor don Gonzalo Pizarro. Claro que al fin de toda guerra hay una colosal feria de viudas, el mundo queda poblado

por ellas después de la matanza y es, por consiguiente, paraíso de viudistas, pero nunca se ha organizado una repartición pública, un remate al martillo de viudas por parte del gobierno, como aquella que organizó el Pacificador en el Cuzco, para casar a todas las que perdieron marido en las guerras de los conquistadores, cuando se degollaron a su sabor pizarristas y almagristas gonzalistas y realistas, a lo largo de la costa del Pacífico, de Panamá a Chile. Oíd, viudistas amigos, cómo fue aquello, pero advertid que todo no fue dulzura y miel sobre hojuelas, pues las viudas no fueron escogidas por sus "pretendientes", como hablando homéricamente los llama el Inca Garcilaso, sino que el Pacificador La Gasca las repartió atendiendo sólo a la riqueza que habían heredado de sus difuntos, dándolas con ella como premio, no sentimental sino económico, a los buenos y leales súbditos de Su Majestad que, siendo viudistas, hacían cola ante la casa del gobernante, inscritos de antemano. Muchas veces las viudas se negaban a recibir al marido que La Gasca les daba, o el pobre candidato a marido ponía cara de estar comiendo sapos, por cuanto la viuda que le tocaba en la feria era barbona y en la cumbre de la nariz tenía una verruga de color y el tamaño de las moscas quereseras. ¡Viuda con verruga! ¡Viuda y barbona!, dirán los anti-viudistas que esto lean y se desmayarán, lívidos y temblorosos. Pero, la verdad sea dicha, consolándose con los millones que adornaban a la viuda barbona y verrugosa, los que las recibieron se convinieron y, como lo dice el Inca Garcilaso, "hicieron con ellas vida maridable". "Como hubieran muerto en las guerras pasadas muchos vecinos que tenían indios - explica el Inca Garcilaso, en aquel tiempo en el cual la riqueza se medía por el número de indios que cada vecino tenía asignados para trabajar sus tierras, como ahora se mide por la cuenta en el banco, por el número de semovientes que hay en las haciendas o por el monto de sueldo que se logra ordeñar de las ubres del presupuesto nacional y sus mujeres les heredasen porque ellas no se casasen con personas que no hubieren servido a Su Majestad, trataron los gobernadores de casarlas por su mano, y así lo hicieron... " Sería divertido verlo: los bravos conquistadores, curtidos y llenos de cicatrices, afanosos palanqueándose su viuda ante La Gasca, el gran casamentero. Algunas de esas damas, que habían nacido con jettatura, parece que lo pasaron realmente mal. El Inca Garcilaso cuenta algunos casos muy serios y lamentables porque, como él mismo lo dice, "a muchas viudas se les hizo mal, porque les cupieron maridos más viejos que los que perdieron". Y es que La Gasca no tomó en cuenta el hecho indiscutible de que entre las viudas también hay dos partidos: uno, muy numeroso, el de las viudas casamenteras, proclives a la reincidencia, que deliran por reemplazar inmediatamente al difunto; y otro, más reducido, el de las escarmentadas, que seriamente creen que las segundas partes buenas no existen, o que están sinceramente afligidas, o que han resuelto adoptar la novelesca y romántica profesión de "viudas inconsolables y fidelísimas", abrazadas al recuerdo un poco rancio de su difunto como doña Juana, la reina de Castilla a la cual por eso llamaron "la loca", andaba abrazada al fiambre de su finado, o las que por el puro orgullo prefieren quedarse enlutadas -y con la media cama fría y vacía por el resto de sus días antes que tomar en segundas nupcias marido que fuese en algo o en mucho inferior al primero. Las viudas casamenteras, inclinadas a la reincidencia, apechugaban gozosas con el primer cristiano que La Gasca les daba, sin dar dificultades al gobierno: cooperaban entusiasmadas; pero las otras, las remilgadas, las perfeccionistas, las inconsolables, las fidelísimas, las escarmentadas, las tristes, las desganadas y las orgullosas dieron mucho que hacer y fue, en ciertos casos, menester el uso de la fuerza pública para hacerlas cooperar. El caso más grave, según nos lo cuenta el Inca Garcilaso, fue el de la viuda del Capitán don Martín de Bustincia, que era hija de Guayna Cápac y, por lo tanto, hermana de Atahualpa y tía del autor de los "Comentarios Reales". He aquí la historia de la viuda orgullosa, contada por el más grande de los

cronistas de Indias: "A la viuda de Martín de Bustincia, que era hija de Huaina Cápac y los indios eran suyos y no de su marido, casaron con un buen soldado, muy hombre de bien, que se llamaba Diego Hernández, de quien se decía (más con mentira que con verdad) que en sus mocedades había sido sastre. Lo cual sabido por la Infanta, rehusó el casamiento, diciendo que no era justo casar la hija de Huaina Cápac con un "ciracamayo", que quiere decir sastre; y aun cuando se lo rogó e importunó el Obispo del Cuzco y el capitán Diego Centeno, con otras personas graves que fueron a hallarse en el desposorio, no aprovechó cosa alguna. Entonces enviaron a llamar a don Cristóbal Paullu, su hermano, el cual venido que fue, apartó a la hermana a un rincón de la sala, y a solas le dijo que no convenía rehusar aquel casamiento, que era hacer odiosos a todos los de su linaje real para que los españoles les tuviesen por enemigos mortales y nunca les hiciesen amistad. Ella consintió en lo que le mandaba su hermano, aunque de muy mala gana, y así se pusieron delante del Obispo, que quiso hacer su oficio de cura por honrar a los desposados. Y preguntado, con un indio intérprete, la novia si se otorgaba por mujer de aquel hombre, respondió en su lenguaje, diciendo: "Ichach munani, íchach manamunani", que quiere decir: "Quizá quiero, quizá no quiero". Con esto se pasó adelante el desposorio, y se celebró en casa de Diego de los Ríos, vecino del Cuzco, y yo los dejé vivos, que hacían su vida maridable cuando salí del Cuzco. Otros casamientos semejantes pasaron en todo aquel Imperio, que se hicieron por dar repartimiento de indios a los pretendientes y pagarles con hacienda ajena, aunque entre ellos también hubo muchos descontentos, unos porque les cupo poca renta, otros por la fealdad de las mujeres, porque en este mundo no se halla contento que sea entero. Y volviendo al caso de la viuda orgullosa, esta moraleja, amigo lector, que debes enseñar a tus hijos, por sí les sea de provecho: "Si quieres conseguir viuda rica y noble, no seas sastre en tu despreocupada juventud".